

¡Ojalá que todo el pueblo profetizara! La formación teológica de los laicos

Martín Gelabert

Muchos de los alumnos, alumnas, profesoras y profesores de las Facultades de Teología no españolas (Alemania, Suiza, Canadá, Estados Unidos, Argentina, etc.) son seglares.

Actualmente, los Decanos o Presidentes de algunas de estas Facultades son mujeres. En España, en los últimos años, se ha despertado un interés grande de los y las seglares por el estudio de la teología.

Desgraciadamente, muchas y muchos no encuentran suficientes facilidades para acceder a estos estudios. Ocurre también que lo que se les ofrece son sucedáneos de la teología. El presente artículo quiere ser un alegato a favor del estudio de la teología por los seglares y un lamento por los falsos sucedáneos que, en ocasiones, se les ofrecen.

La Iglesia es el Pueblo de Dios

Vale la pena comenzar por aclarar el significado de la palabra laico, porque esta aclaración nos ayudará a comprender la importancia de que los laicos estudien teología. El castellano laico procede de la palabra griega «laos», que significa pueblo. Hablar de laicos es hablar del pueblo. El pueblo que aquí nos interesa es el pueblo de Dios. Los laicos son el Pueblo de Dios. Y el Pueblo de Dios es la Iglesia, la comunidad, la asamblea de los creyentes.

A veces se confunde la Iglesia con la jerarquía y se distingue jerarquía de Pueblo de Dios. Confusión y distinción equívocas. Pues la Iglesia no es sólo la jerarquía, sino todo el Pueblo de Dios. La jerarquía no está al

margen de este pueblo o por encima del pueblo, sino dentro del pueblo, desempeñando una función de servicio. Por tanto, hablar de formación de los laicos es hablar de formación del Pueblo de Dios, de formación de la Iglesia.

La teología es necesaria en la Iglesia para vivir una fe madura. Por tanto, la teología es un asunto que interesa a todo el Pueblo de Dios. Sin duda, en toda sociedad hay cosas que son de todos y que interesan a todos, pero de las que no todos pueden ocuparse. La elaboración de alimentos, por ejemplo, es un asunto que interesa a todos los ciudadanos, aunque no todos nos podamos dedicar a esta tarea. Lo mismo ocurre con la teología: requiere una dedicación especial, requiere tiempo, capacidad y hasta vocación. Interesa a todos, pero unos pocos la cultivan, aunque este cultivo está al servicio de todos.

Asunto distinto es que algunas cosas que son de todas y todos y que interesan a todas y todos, por inercias históricas y por debilidades humanas (fundamentalmente la tentación de poder que a todos nos acecha) se las hayan apropiado unos pocos, hasta el punto de considerarse sus poseedores exclusivos y de negar a los otros el derecho a su posesión. Me temo que algo de eso ha ocurrido con la

teología: es un estudio que se ha considerado propio de clérigos y se ha reservado a algunos clérigos. Y cuando hay laicos, o monjas, que quieren estudiar teología, no se acaba de saber muy bien cómo encajar ese deseo y, algunas veces, se les recomienda que hagan unos cursillos de catequesis y se dediquen a dar catequesis.

Ocurre entonces que algo como el estudio de la teología que, idealmente, sería de desear que todos los creyentes lo hicieran, no sólo no es fomentado, sino que, a veces, es obstaculizado de diversos modos, no facilitando, por ejemplo, los horarios, o bien de forma más disimulada, ofreciendo en horarios y modalidades adecuados, sucedáneos de la teología.

Estoy diciendo que, en el estudio de la teología y en otros muchos asuntos eclesiales, lo que es de todos y lo que sería de desear que ejercieran todos, se ha considerado como propio sólo de unos pocos. Esto no es sino la aplicación particular de un problema más amplio y general, a saber, el reservar a los clérigos los asuntos que, aparentemente, tienen que ver con el servicio divino, y el atribuir a los laicos los asuntos llamados seculares.

Los laicos tienen que santificar las realidades terrenas, a los sacerdotes

les compete escrutar la Palabra de Dios, predicar, dedicarse a la oración y a todas las tareas que tienen relación con los sacramentos. ¡Como si los laicos no tuvieran necesidad de orar o de escrutar la Palabra, y como si algunos laicos no estuvieran mejor preparados para predicar que muchos clérigos! Y, por supuesto, al sacerdote le compete organizar, dirigir, ser el centro, el protagonista de la Iglesia, y a los laicos asistir como buenos, sumisos y pacientes espectadores a los actos que él organiza.

A propósito de todo esto, encuentro una buena e ilustradora analogía en una cuestión de Tomás de Aquino, en la que después de precisar las condiciones de lo que, según la teología de su época, podría considerarse una guerra justa, se pregunta si les es lícito combatir a los obispos y a los clérigos. Y responde que no, por dos motivos: 1) porque parece incompatible con la contemplación de las cosas divinas, la alabanza de Dios y la oración; y 2) porque quien recibe la eucaristía no puede matar o derramar sangre; «más bien debe estar dispuesto para la efusión de su propia sangre por Cristo». Lo interesante de esta respuesta es que es perfectamente aplicable a todo cristiano.

Aplicado esta vez al tema que nos ocupa: las mismas razones que tie-

nen los clérigos para estudiar teología (suponiendo que esas razones sean buenas razones y no bastadas, exactamente las mismas buenas razones, son igualmente válidas para todos y cada uno de los cristianos, de las laicas y laicos.

En el libro de los Números se cuenta que el Espíritu reposaba sobre

laico viene del griego
«laos», que significa pueblo;
los laicos —junto con
la jerarquía— son los
miembros del Pueblo
de Dios

Moisés, pero también sobre Eldad y Medad. Al verlo, Josué dijo a Moisés que les prohibiera profetizar. Y Moisés le respondió: «¡Ojalá que todo el pueblo de Yahvéh profetizara!» (Núm 11, 29). De forma similar digo yo: ¡ojalá que todo el pueblo fuera teólogo! Eso significaría que la fe habría alcanzado «la palabra de sabiduría y la palabra de ciencia» de la que habla la primera carta a los Corintios (12, 8-9), que son soporte intelectual de la experiencia de fe y manifestación de una fe adulta, madura, pensada, asimilada, personalmente asumida.

La teología es la cultura de la fe

Conviene centrarse ahora en la palabra «teología», pues esta reflexión se refiere a la necesidad que tienen los laicos de estudiar teología. Teología es otra palabra que proviene de dos palabras griegas y que, fundamentalmente, significa reflexión o discurso razonado sobre Dios. En

*teología significa reflexión
o discurso razonado
sobre Dios, sobre el Dios
que se revela en Jesucristo*

este caso se trata del discurso sobre el Dios que se revela en Jesucristo. El Dios de Jesús, para todo cristiano, es el gozo de su corazón, el sentido de su vida. De ahí el interés que todo creyente tiene en conocerle cada vez mejor, para poder amarle con más intensidad.

Oír la palabra

La fe nace de la predicación, dice San Pablo. Y la primera predicación es (debe ser) siempre una oferta del *kerigma*, una presentación de Dios que nos salva en Jesucristo. Si esta predicación ha sido bien acogida, enseguida resultará insuficiente,

pues provocará una serie de preguntas y moverá a la inteligencia y al corazón del oyente a la búsqueda de un mejor conocimiento. Sólo el estudio de la teología puede responder a estas preguntas y ayudar a profundizar en el conocimiento del Dios descubierto como sumamente amable.

Más aún, con el conocimiento del Dios de Jesús ocurre algo paradójico: cuanto más nos acercamos a él, más parece que se aleja de nosotros, cuanto más le conocemos, más misterioso resulta. Dios es, por definición, incomprensible. Habita en una luz inaccesible. Siempre nos resulta un Misterio, Misterio sumamente amable, pero el Misterio por excelencia.

Precisamente por ser Misterio, el Dios revelado nunca es claro del todo, lo que explica que la inteligencia permanezca inquieta e insatisfecha, buscando una claridad que nunca acaba de lograr, lo que se traduce en un inquirir constante. Por ser un misterio que atrae, la inteligencia no se cansa de buscar ni de preguntar, pues desea conocer siempre mejor a aquel que ama. La teología es esta búsqueda creyente de la comprensión de la fe. Pues la fe, por su propia naturaleza, da que pensar y busca su propia comprensión, ya que la fe es acogida de un

misterio que atrae y seduce: el Dios que se revela en Jesucristo.

Leer la Escritura

Otra consideración, en línea similar a las anteriores, proviene de la lectura del texto de la Escritura. La Sagrada Escritura es una mediación imprescindible para acercarse a Jesús de Nazaret y conocerle. Pero la Escritura no es un devocionario o un texto piadoso. Es un libro difícil. Cualquier lector atento de este texto debe preguntarse cómo concuerdan entre sí las perspectivas diferentes, a veces en tensión unas con otras, que se observan tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

La Escritura exige exégesis. Pero esta no es suficiente. Más allá de la exégesis, es necesaria la teología para una comprensión plenamente reflexionada de la fe cristiana, en todas sus dimensiones y, especialmente, en su relación con la existencia humana. La fe, una vez comprendida y acogida, siente la urgencia de hacerse vida en las diferentes culturas y mentalidades, y pretende responder a los nuevos problemas que van surgiendo. Esto no es posible sin una buena teología. Y no cabe argumentar aquí que la palabra del Magisterio de la Iglesia hace innecesaria la teología,

pues si la Escritura necesita exégesis, el Magisterio precisa de hermenéutica. Por eso hay unos criterios teológicos para interpretar las declaraciones del Magisterio.

Unos hacen teología sin saberlo y otros sabiéndolo

En realidad, todo creyente, aun sin saberlo, hace teología. A muchos creyentes les pasa como a este personaje de Molière, Monsieur Jour-

*la fe, por su propia
naturaleza, da que pensar
y busca su propia
comprensión, ya que la fe
es acogida de un misterio
que atrae y seduce*

dain, el burgués gentilhomme, que se sorprendía divertidamente de hablar en prosa sin saberlo. Lo que ocurre es que hay dos modos de hacer teología, un modo espontáneo y otro científico.

Con la teología ocurre como con muchos aspectos de la vida. La mayoría van resolviendo los problemas que la vida les plantea como buenamente pueden. Pero también

ocurre que hay problemas que sólo pueden resolverse, o al menos se resuelven mucho mejor, si se tiene una determinada preparación y se aplica una cierta técnica. En la vida de fe ocurre algo similar.

La fe, por su propia naturaleza, da qué pensar, ya que es acogida del Misterio por excelencia. Esta reflexión puede ser espontánea. En este sentido, todo creyente es un teólogo. A todo creyente se le suscitan preguntas, cuando no problemas y, de una u otra manera, busca respuestas y soluciones. Si al escuchar la predicación de la Iglesia y sobre todo al escuchar o leer la Escritura, uno no se suscita preguntas, probablemente es que no ha entendido nada. Y si se las suscita, ya está haciendo teología.

Por otra parte, hay acontecimientos en la vida que nos mueven no sólo a orar, sino a preguntarnos qué tiene que ver este acontecimiento con nuestra fe en Dios, o cómo se combina tal suceso con la bondad divina. Este preguntar es hacer teología. El creyente que lo tiene todo claro, en realidad, ha dejado de creer. Todo creyente, de alguna manera es un teólogo, aunque muchos no saben que lo son.

Este primer modo espontáneo de hacer teología, aunque pueda ser suficiente en algunas ocasiones, no

es, ni mucho menos, el ideal. El ideal, en la vida de fe, es la madurez. Ciertamente, el evangelio alaba a los que son como niños, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Esa alabanza no tiene nada que ver con la vivencia infantil de la fe, sino con la gratitud con la que debe acogerse el Reino. Ya el autor de la carta a los Hebreos se quejaba de que sus destinatarios eran todavía como niños, necesitados aún de leche, incapaces de asimilar el manjar sólido de los adultos en la fe (Heb 5, 11-14; cf. 1 Cor 3, 1-2).

De ahí la importancia, la necesidad de que esta reflexión, suscitada por la fe, pueda llevarse a cabo con una metodología adecuada a su objeto, y por medio de un discurso coherente que busca las relaciones recíprocas entre los diferentes aspectos de la fe y el significado de los mismos.

La reflexión suscitada por la fe puede enriquecerse sobremedida con un conocimiento científico de las Escrituras, conociendo también cómo la Tradición de la Iglesia ha respondido a los mismos o similares problemas a lo largo de su historia, estando al tanto de cómo hoy la filosofía, la sociología o la ciencia resuelven determinados asuntos muy humanos que necesitan vivirse desde la fe en Dios. Reflexionar la fe conociendo a fondo no sólo el texto

de la Escritura, sino las circunstancias en que se compuso, leído a la luz de la Tradición eclesial, y teniendo una buena base de antropología cultural y de filosofía de la ciencia, buscando además los modos de decir esta reflexión en consonancia con la cultura en la que vivimos o viven aquellos a los que proclamamos nuestra fe, eso es hacer teología a nivel científico. La tarea del teólogo no es simplemente comentar la Biblia, tampoco basta con interpretarla. El teólogo intenta una comprensión plenamente reflexionada de la fe cristiana en todas sus dimensiones, y especialmente en su relación con la existencia humana.

Ocurre, a veces, que hay gente que desprecia lo que no comprende. Cuando esto ocurre con la teología, este no comprender puede traducirse en una acusación a los teólogos de alejarse de la verdadera vida o, lo que sería peor, de pretender destruir la fe. Pero esto no ocurre sólo con la teología. Las conciencias elementales suelen considerar inútil todo tipo de reflexión. Pero si la conciencia ilustrada, a la que también quiere y debe iluminar la fe, no integra críticamente las aprehensiones infantiles de la verdad religiosa, terminará por abandonar la religión por considerarla superada. De ahí la necesidad de una reflexión criti-

ca, distinta de la liturgia, de la plegaria o de la predicación.

Sorprendentemente, ocurre que personas cultas o personas que tratan de estar al día en los diferentes ámbitos de la vida moderna, no valoran suficientemente la necesidad de vivir una fe madura, ilustrada, pensada. Una fe capaz de mostrar hoy su credibilidad y de responder

*el teólogo intenta
una comprensión
plenamente reflexionada
de la fe cristiana en todas
sus dimensiones,
y especialmente en su relación
con la existencia humana*

a los desafíos que se le plantean a la persona y a la sociedad contemporáneas. Parece una contradicción vital que un creyente considere necesario estar al día en los ámbitos que afectan a su vida y, al mismo tiempo, tenga una vivencia infantil de la fe.

La teología se estudia por motivos teologales

Si la teología es una exigencia de la fe, de una fe adulta, madura y res-

ponsable, se sigue como consecuencia que los motivos de su estudio no pueden ser utilitarios. Precisan-do, una catequesis sin una mínima base teológica, puede obstaculizar la inteligencia de la fe, en lugar de abrir el camino a la afirmación de Dios. Ya el Vaticano II decía que, entre las causas del ateísmo, podía estar el modo (malo) de presentar la doctrina. También es cierto que re-

*parece una contradicción
vital que un creyente
considere necesario
estar al día en los ámbitos
que afectan a su vida y,
al mismo tiempo, tenga
una vivencia infantil de la fe*

sulta muy legítimo que aquellos que han estudiado teología puedan aprovecharse de estos estudios para realizar tareas, incluso remuneradas, como puede ser el dar clases de ética o de religión. Todo esto son como las añadiduras que vienen cuando uno busca de verdad el Reino de Dios. Pero lo importante no son las añadiduras, sino la búsqueda del Reino de Dios.

Si los motivos de estudiar teología no son utilitarios, ¿qué clase de mo-

tivos son? La teología se estudia por razones vocacionales, porque uno siente la necesidad vital y personal de estudiarla. Los motivos de su estudio son teológicos. La teología brota de la fe y conduce a un mejor conocimiento de la Revelación y, finalmente, a la amistad con Dios.

Ya se ha dicho que la fe da que pensar, suscita preguntas, busca una mejor comprensión del Misterio del Dios al que ama. De ahí que el encuentro con el Dios amante y amable nos mueva a pensar en él con toda seriedad y a buscar todo tipo de razones para mejor comprender su amor y acrecentar el nuestro. Pero en la teología no se trata sólo de una fe que busca comprender. Se trata de una fe que busca sentido, y el sentido pleno sólo puede darlo el amor.

Quizás resulte sorprendente, sobre todo para aquellas y aquellos que no valoran el pensamiento y hasta lo contraponen a la oración, a lo espiritual o a la fe, pero en teología se trata finalmente de recorrer un camino que conduce a lo único que puede llenar el corazón del ser humano, un camino que culmina en amistad.

Tomás de Aquino tiene un artículo maravilloso (*Suma contra gentiles*, libro 1, cap. 11) en donde explica que «el estudio de la sabiduría (teológi-

ca) es el más perfecto, sublime, provechoso y alegre de todos los estudios humanos». Quedémonos con la explicación de los tres primeros calificativos. El más perfecto, «pues el hombre, en la medida en que se da al estudio de la sabiduría, posee ya de alguna forma la verdadera bienaventuranza»; en relación con la perfección está la utilidad, «pues la sabiduría es camino para llegar al reino de la inmortalidad». Y el más sublime, «pues por él el hombre se asemeja principalmente a Dios, que todo lo hizo sabiamente, y como la semejanza es causa de amor, el estudio de la sabiduría une especialmente a Dios por amistad».

Y Tomás de Aquino encuentra un buen fundamento para esta afirmación en la Sagrada Escritura. En efecto, dice el libro de la Sabiduría (7, 14) que quienes adquieren sabiduría se granjean la amistad de Dios. En resumen, el estudio de la teología nos da a poseer ya la felicidad, la bienaventuranza, nos encamina a la vida eterna y, finalmente, nos asemeja a Dios (¡nada menos!) y conduce a la amistad con él, ya que entender una verdad es amarla, tal como dice el santo en la Suma (II-II, 15, 1, ad 3).

Por tanto, si la teología se estudia por motivos teológicos, es claro que debería interesar a todo cristiano, aunque sólo los vocacionalmente

llamados puedan cultivarla a fondo, del mismo modo que la eucaristía interesa a todo cristiano, aunque no todos estén llamados a ser presbíteros. Y si se estudia por motivos vocacionales, habrá que distinguir bien las diversas vocaciones. Una cosa es la vocación teológica y otra la vocación al ministerio. A veces

*en teología se trata
finalmente de recorrer
un camino que conduce
a lo único que puede llenar
el corazón del ser humano,
un camino que culmina
en amistad*

pueden coincidir distintas vocaciones en una misma persona, pero no tienen por qué hacerlo necesariamente.

Centros de enseñanza teológica

Ocurre que esto tan importante para todos no es suficientemente fomentado por las instancias institucionales. Pues el estudio de la teología, al madurar y hacer adulta la fe, la hace también crítica. Da capacidad de opinar con fundamento, de discutir con argumentos. Y

esto puede incomodar. Se teme al pensamiento, sobre todo al pensamiento que se da fuera de los cauces reglados.

En realidad, lo que la autoridad fomenta no es tanto el estudio de la teología, cuanto lo que técnicamente se llaman Ciencias Religiosas. No estoy diciendo que no sea bueno fomentar las Ciencias Religiosas o Catequéticas. Al contrario. Lo que digo es que no es lo mismo teología que Ciencias Religiosas. La teología es a las Ciencias Religiosas lo que la medicina a la enfermería. Y también digo que dentro de las Ciencias Religiosas no son equiparables los Institutos Superiores, dependientes de una Facultad de Teología, con otro tipo de Institutos Diocesanos. Los Institutos Superiores son a otros Institutos como la enfermería a los auxiliares de enfermería.

La teología es un estudio crítico, abierto siempre a nuevas búsquedas e investigaciones. Las ciencias religiosas de un Instituto Superior disponen de aproximadamente un tercio menos de horas lectivas que las Facultades, tienen que limitarse a resumir contenidos y, en ocasiones, son una catequesis de buen nivel, en donde se ofrece un resumen amplio de los aspectos más asentados, y considerados seguros.

Las Ciencias Religiosas de otros Centros no superiores son una exposición doctrinal que insiste, sobre todo, en los planteamientos más oficiales, o sea, que no plantean demasiados problemas a la institución. Además, en estos Centros diocesanos no se requiere ningún bachiller previo para poder matricularse.

Mientras la teología prepara para pensar y abre la mente a nuevas perspectivas, las Ciencias Religiosas preparan más bien para dar catequesis o clases elementales de religión, y otro tipo de ofertas ofrecen una síntesis cerrada de la doctrina más oficial u oficialista. Siguiendo con la analogía con las ciencias médicas, en donde hay doctores y licenciados en medicina, enfermeros especializados y auxiliares de enfermería, tendríamos que en teología hay doctores y licenciados en teología, licenciados y diplomados en Ciencias Religiosas, y personas de buena voluntad que acuden a ofertas varias de tipo diocesano o parroquial. Teología de primera, teología de segunda y discursos piadosos.

Naturalmente estoy ofreciendo una esquematización. Porque algunas instituciones, dependientes normalmente de Ordenes o Institutos Religiosos, que a veces tienen dificultades para ofrecer titulaciones,

poseen gente muy competente y preparada, y ofrecen cursillos, conferencias y cursos teológicos de gran nivel¹. Si la teología es vocacional, uno debería preferir este nivel a los títulos, sobre todo a los títulos menores.

Por otra parte, si la teología es vocacional, y esta vocación debe poder estar abierta a todo cristiano, entonces los Centros de Enseñanza de Teología deben estar abiertos a todas y todos. No tiene mucho sentido que unos Centros Teológicos parezcan destinados a clérigos y otros a seculares. Lo que sí tiene sentido es que los Centros Teológicos ofrezcan diferentes especialidades, niveles y posibilidades.

El problema que tenemos hoy en España es que hay un exceso de Centros que ofrecen titulaciones, tanto de Teología como de Ciencias Religiosas. Prácticamente no hay Seminario Diocesano que no esté afiliado a una Facultad de Teología. Y algunos de estos Centros afiliados hasta se presentan como lo que no son, como Facultades. Hay una gran dispersión, que no favorece el nivel. Y no hay alumnado para tan-

to Centro, con lo que de nuevo eso repercute en el nivel y calidad de la enseñanza. La multiplicación de los Centros y la falta de alumnos lleva a una disminución de las exigencias académicas.

Por otra parte, cuanto menor es el nivel del Centro, más ambigüedad hay a la hora de publicitar el valor de sus estudios y de sus capacitaciones académicas. Y más grandilo-

*la teología es un estudio
crítico, abierto siempre
a nuevas búsquedas
e investigaciones*

cuencia a la hora de entregar papeles (digo papeles, porque algunos llamados títulos de diplomatura no lo son) que suelen ocupar un espacio inversamente proporcional a su valor académico.

¿Calentar el corazón o iluminar la inteligencia?

En algunos grupos marginales y, en menor medida, dentro de las grandes Iglesias, se da una predicación que enardece el corazón, pero deja apagada la inteligencia. Más aún, el pensamiento es considerado casi

¹ Entre las instituciones que yo conozco, estoy pensando en la oferta de la Escuela de Teología en internet «Santo Tomás de Aquino» (de Salamanca) o en los cursos y conferencias que se ofrecen en el Centro Arrupe de Valencia.

un obstáculo para acoger el evangelio. El pastor, predicador o catequista comienza contando la propia experiencia de su sorprendente y fulminante conversión («yo estaba metido en la droga y el Señor me sacó»), bien debida a una inspiración espiritual o a una predicación similar a la que él está haciendo. Después enardece a un público entregado, ansioso y necesitado, con fórmulas breves que parecen tener efectos casi mágicos, del estilo: «Jesús te salva» o «Jesús murió por tus pecados», sin que importe demasiado aclarar del todo quién es ese Jesús o qué se entiende por pecado. Todo ello acompañado de cantos apropiados.

En este tipo de predicación no se admiten preguntas y, si por excepción, alguna se formula, se ofrece una explicación tajante, que no acepta réplica. Una explicación que parece clara: «el Señor te está hablando en este acontecimiento, te pone a prueba para comprobar tu fidelidad». Y a continuación se ofrecen soluciones seguras: la oración todo lo arregla, eso por no hablar de las limosnas que, so capa de beneficiar a la Iglesia, a sus obras y a sus pobres, terminan siendo administradas por el predicador. Estas explicaciones y soluciones prueban todo y sirven para todo, y por eso ni prueban nada ni sirven para nada.

Cuando uno regresa a sus rutinas, a las preocupaciones de cada día, a lo prosaico de la vida, a los problemas que siguen estando ahí, cuando con el tiempo uno se hace preguntas sobre la verdadera eficacia de la oración, cuando uno descubre que Jesús es un salvador exigente, comprometido y comprometedor, que nos llama a la responsabilidad fraterna y al amor también a los enemigos, o cuando se cae en la cuenta de que la Escritura no es un recetario o un devocionario piadoso, sino un libro complejo y lleno de tensiones, cuando incluso descubre que los pastores no son tan santos como parecen, entonces puede ocurrir que de aquel corazón caliente ya no quede nada.

Sólo una mente iluminada puede ofrecer respuestas y mantener el ánimo en medio de las crisis y las dificultades. Hacer exhortaciones piadosas, repetir siempre las mismas fórmulas o condenar basándose en apariencias, es fácil. Lo difícil es ver las necesidades de las personas detrás de sus reacciones a veces desconcertantes.

Lo difícil es iluminar la mente y no sólo calentar el corazón; ofrecer una predicación ilusionante, positiva, fundamentada en el evangelio, que tenga en cuenta las necesidades de los hombres de hoy, que responda a sus problemas, a sus inquietudes y

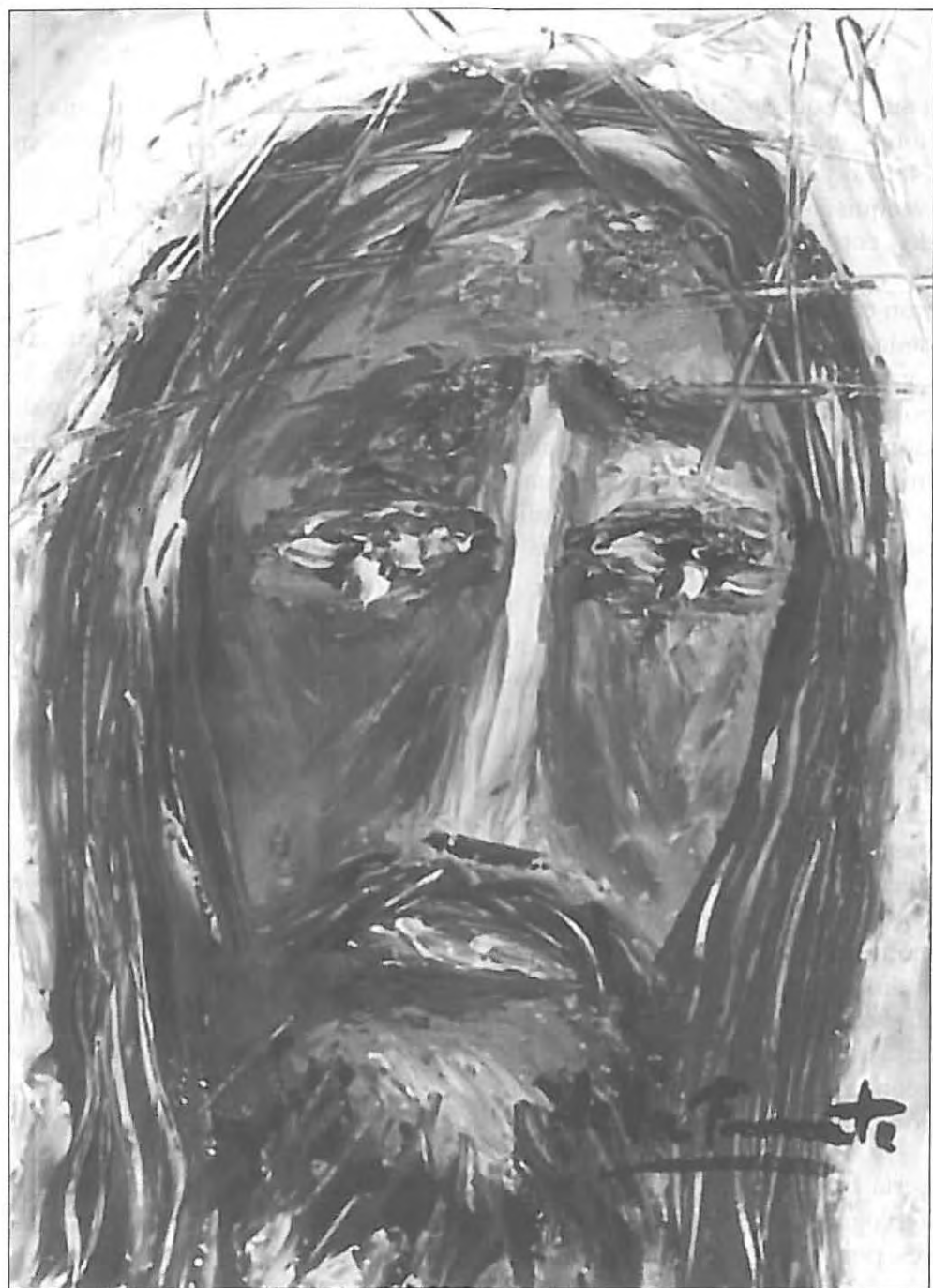
a sus búsquedas de sentido. Ahí es donde entra en juego el papel del estudio y la necesidad de pastores, catequistas y predicadores preparados, con espíritu crítico, con conocimiento del Evangelio y de la tradición eclesial, conocimiento también de la cultura contemporánea, y con capacidad de distinguir y discernir. Sólo el estudio permite una adaptación fiel. Sólo el estudio permite una renovación de nuestro lenguaje y de nuestros esquemas. El estudio permite el diálogo con la cultura y con las otras religiones.

Muchas y muchos laicos hoy se sienten llamados al ministerio de la palabra, a dar testimonio de su fe por medio de la docencia, la predicación o la catequesis. Por su condición seglar pueden hacer mucho bien. De ahí la necesidad de una buena preparación teológica, pues el Espíritu no actúa en la improvisación, sino en la preparación y el estudio. Habría que encontrar los medios para favorecer el estudio de estos laicos, apoyándoles incluso económicamente y acogiendo su competencia con alegría.

Sería bueno que las Facultades de Teología estuvieran llenas de seglares, pero hay gustos difícilmente realizables. La presencia de los segla-

res en las Facultades de Teología no va a ser mayoritaria, al menos en las circunstancias actuales. Los Institutos Superiores de Teología pueden ser un remedio aceptable, siempre que de verdad sean Superiores.

En todo caso, lo verdaderamente importante es que la gran Iglesia, la totalidad de la Iglesia, el pueblo de Dios entero, se convenza cada vez más de la importancia que tiene la teología en su vida. Hoy la teología es más necesaria que nunca, ante tanto discurso que sólo pretende calentar el corazón y que, en su límite, conduce al fundamentalismo. Hoy la necesidad de dialogar con la cultura, el diálogo ecuménico e interreligioso, la necesidad de una moral no autoritaria, fundamentada en el amor y que tenga como norte el crecimiento de la persona; las dificultades de vivir la fe en un mundo secularizado, ante los ataques de la indiferencia y el agnosticismo, de vivir una fe convencida y convincente, de superar los complejos de inferioridad ante el pensamiento y el mundo moderno, hacen más necesario que nunca el estudio de la teología. Ojalá, cada vez más cristianos sean conscientes de ello. Y ojalá los que estudian teología lo hagan por motivos vocacionales. ■



Pilar de la Fuente:
«Cristo»